

(8003)

8003

LATE IZTAPALAPA IV

Juanita,  
un conocimiento  
que se extingue

*María Luisa Rivera Grijalva*

Taller de Investigación y Edición Popular

**Cuahtémoc Cárdenas Solórzano**  
*Jefe de Gobierno del Distrito Federal*

**Ramón Sosamontes Herreramoro**  
*Delegado Político del Gobierno  
del Distrito Federal en Iztapalapa*

**Maritza Zurita de Sosamontes**  
*Patronato DIF Iztapalapa*

**Rafael Tovar y de Teresa**  
*Presidente del Consejo Nacional  
para la Cultura y las Artes*

**José Iturriaga de la Fuente**  
*Director General de  
Culturas Populares*

**Luis Mier y Terán Casanueva**  
*Rector de la Universidad Autónoma  
Metropolitana Unidad Iztapalapa*

**Eduardo Carrillo Hoyo**  
*Secretario de la Universidad  
Autónoma Metropolitana  
Unidad Iztapalapa*

**Patricia de Leonardo Ramírez**  
*Coordinadora de Extensión  
Universitaria de la Universidad  
Autónoma Metropolitana  
Unidad Iztapalapa*

**Ángeles González Gamio**  
*Secretaria General del  
Consejo de la Crónica  
de la Ciudad de México*

**JURADO DEL PROYECTO EDITORIAL  
“LATE IZTAPALAPA”**

**Patricia de Leonardo Ramírez**  
**Edgar Tavares**  
**Gerardo Carrillo**  
**Jorge Pantoja**

**PROYECTO EDITORIAL  
“LATE IZTAPALAPA”**

**Jorge Pantoja**  
Coordinador General  
**Laura Shimanovich**  
Asesora  
**Laura Castañeda**  
Coordinadora Editorial  
**Alicia Sandoval**  
Apoyo



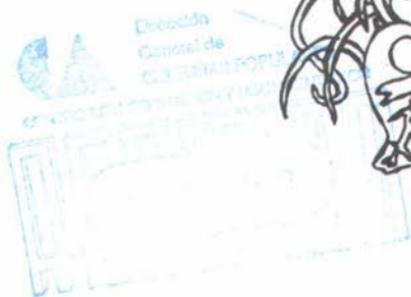
BIBLIOTECA  
CENTRO DE INFORMACION  
Y DOCUMENTACION

*Dirección General de Culturas Populares*



# Juanita: un conocimiento que se extingue

*María Luisa  
Rivera Grijalva*



**BIBLIOTECA  
CENTRO DE INFORMACION  
Y DOCUMENTACION**

*Dirección General de Culturas Populares*



Clasif. \_\_\_\_\_

Mq. \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Preced \_\_\_\_\_



## Contenido

|   |    |
|---|----|
| <i>Prólogo</i>  | 5  |
| <i>Introducción</i>   | 7  |
| • Juanita en la colonia Granjas México  | 8  |
| • El cometa   | 13 |
| • El paso de carrancistas y zapatistas por Santa María Aztahuacán y la colonia Granjas México | 15 |
| • Cómo era la colonia Granjas México cuando se vino Juanita de Santa María Aztahuacán         | 19 |
| • Entrevista en la Granjas México; dos recetas de cocina y algunas curaciones de Juanita      | 22 |





## Prólogo

**M**i relato pretende hacer una semblanza de una humilde pero gran mujer nacida a principios de este siglo que, al igual que muchas mujeres ignoradas de nuestro pueblo, albergó un riquísimo caudal de conocimientos y experiencias adquiridos durante su larga y prolífica vida desafortunadamente, se tiene en poca estima la experiencia de nuestros abuelos.

Igualmente quisiera que este trabajo sirva para ayudar al rescate y preservación de esos conocimientos de nuestros antepasados, que les permitían curarse, sobrevivir y vivir una larga vida, que en el mundo tan tecnificado de hoy ya no encuadran y son duramente atacados y desacreditados sin concederles mayor validez, pero guardan un sentido profundo de religiosidad y misticismo, de respeto por la naturaleza y de amor e interés por el ser humano. Nuestra mentalidad de hombres y mujeres de fin de milenio no nos permite creer que sean precisamente esos elementos los que contribuyan a la curación de algunos problemas de salud que pueden ser tratados con algunas técnicas sencillas y el uso de vegetales y minerales sin procesar.

El relato de Juanita nos permitirá visualizar y recrear la imagen de algunas características y lugares de Iztapalapa y de Iztacalco que ella menciona por los nombres con los que se conocían entonces, algunos en náhuatl y otros en espa-



ñol; al mismo tiempo, sabremos cómo fue vivido el movimiento armado de 1910 por la gente humilde, por el pueblo de México que no tomó las armas, sólo le tocó sufrir las consecuencias.

Animada por este sentimiento, con toda una posible serie de deficiencias y por mi inexperiencia, y en honor a la memoria de Juanita, me atrevo a compartir, con todo aquel que pudiera interesarle, un poquito de la sabiduría de Juanita, de todo lo que tan generosamente me fue confiado por mi buena amiga cuando todavía estaba con nosotros.

La siguiente es una entrevista hecha hace algunos años.





## Introducción

En el transcurso de su vida, Juanita vivió, sintió, sufrió y disfrutó de muchas e innumerables experiencias. Algunas de ellas me las platicó siendo yo una niña; años después conocí más de sus vivencias, gracias a mi curiosidad, y a que me compartió nuevamente, por la confianza y simpatía que Juanita sintió por mí y por la admiración y el afecto que yo siento por ella y que nos permitió entablar relaciones de amistad desde ese entonces, a pesar de la diferencia de edades.

El tiempo ha pasado y desde aquellos primeros acercamientos y conversaciones con Juanita ha llovido mucho. Yo ya pinto algunas canas, estoy cercana a los cincuenta años; mi buena amiga Juanita es una anciana cuya apariencia muestra también los estragos de los largos años vividos que han sido de trabajo constante.

Casi ciega, casi sorda, con achaques de la edad, pero con pocas canas en su pelo y buena memoria, Juanita ve transcurrir la vida y realiza las labores hogareñas con diligencia, aunque más lentamente, y aún rescata de su memoria, cada vez más débil, los recuerdos, fragmentos de su vida que comparte con quien tiene un poco de tiempo, interés y paciencia para escucharla.



# Juanita en la colonia Granjas México

Conocí a Juanita hace casi cuarenta años, por 1956, cuando llegamos a vivir a esa nueva colonia, la Granjas México, que empezaba a poblarse con las pocas familias que se habían arriesgado a comprar un pedazo de terreno en ese lugar tan lejano, en ese entonces, del centro de la ciudad y en el que la ausencia total de servicios obligaba a una vida dura y difícil: sin transporte, agua, luz, drenaje, pavimento ni banquetas.

En esa tierra, aún silvestre por 1958 o 1959, las familias -humildes pero previsoras- compraban pequeñas porciones de terrenos salitrosos, con grandes esfuerzos y sacrificios, para construir sus casas allá, en la delegación Iztacalco.

Con adobes que las mismas familias hacían con tierra, zacate, pasto o paja y una agua amarillenta extraída de pozos excavados en sus terrenos, levantaban las paredes, hacían las ventanas y puertas con marcos de madera, techaban sus cuartos con láminas de cartón enchapopotadas y cuando esos cuartos quedaban terminados, trasladaban sus cosas y dejaban de pagar una renta que, desde entonces y hasta hoy, consumía y consume la mayor parte de su exiguo ingreso.

Por esos años, la Granjas México era, repito, una tierra silvestre; las pocas casas no permitían visualizar las líneas



de las calles ni definir las manzanas que la constituían. La gran mayoría de los terrenos eran baldíos los cuales, en tiempo de lluvias, se cubrían de hierba que crecía a más de un metro de altura, zacate y pasto, donde pululaba gran cantidad de insectos: mariposas, catarinas, jicotes y chapulines que servían de entretenimiento a la bola de "escuincles", a quienes nos divertía perseguirlos enconosamente, atraparlos para amarrarles un largo hilo en alguna de sus patas y así disfrutar de sus colores y de su habilidad de volar.

Algunas de las manzanas estaban cubiertas de milpas, sembradas por quienes nos habían antecedido: gente de campo que encontró en esos terrenos y en esa ciudad aún provinciana, que era el Distrito Federal, el lugar propicio para continuar con la costumbre de cultivar la tierra para subsistir.

Una de estas familias, instalada muy cerca de mi casa, era la formada por Juanita y don Melesio, quienes continuaban viviendo de acuerdo con sus costumbres, como si siguieran en su lugar de origen.

Don *Mele* cultivaba, a medias con el dueño y con la sola ayuda de sus hijos mayores, los terrenos de la manzana que estaba entre Añil, Río Churubusco, Avena y Goma, una extensión grande de terreno; donde Juanita ponía a cocer el nixtamal, lo molía y echaba las tortillas en el comal, cocinaba, cuidaba a sus animales -pollos, gallinas, guajolotes y puercos- y cosía y remendaba la ropa de toda la familia.

Juanita era una mujer morena, alta, delgada y fuerte, con algunas cicatrices en su cara, huella permanente que la viruela padecida de niña, le había dejado. Tenía dos largas trenzas que peinaba y dejaba caer por atrás o ataba encima de su cabeza con un cordón de lana o un listón delgado de



color negro, siempre vestida con blusas de algodón de manga larga y cuello alto, de discretos estampados en colores tenues o en medio luto y enaguas de los mismos colores. Usaba siempre un delantal para proteger su ropa, y un rebozo de algodón con el que cubría su cabeza cuando salía al mandado, de compras o a misa.

De carácter amable y gentil, contrastaba con don *Mele*: de mediana estatura, moreno, siempre con el sombrero sobre su cabeza y un cigarro en su boca; de labio y paladar hendido que le daban un aspecto impresionante, terrible, siempre hosco y huraño, hasta grosero con toda la llamada a la que no toleraba cerca de su siembra ni de su casa; siempre celoso de mantener la privacidad y el orden de su pequeño mundo.

El recuerdo de estas personas, el respeto y afecto que me inspiran, han hecho que mi relato los involucre directamente. Rememorando las sabrosas pláticas de Juanita, desee tenerlas y retenerlas de nuevo, fui a su casa en la calle de Goma casi esquina con Añil, para saludarla y pedirle sus relatos acerca de los revolucionarios y las continuas escaramuzas en su pueblo natal y en la Granjas México, que les hicieron pasar una época de hambre y sufrimiento que los obligaba a trasladarse de un lugar a otro.

Al llegar a su casa y preguntar por ella, uno de sus muchos nietos me dijo que no estaba, la habían llevado a convalecer a la casa de Paula, una de las tías del niño, al pueblo de Santa María Aztahuacán, de donde es originaria Juanita y en donde vive la mayoría de sus hijos, nietos, bisnietos... ¡y hasta tataranietos! Luciano, uno de los hijos mayores de Juanita, me confirmó lo dicho por el niño: ella había enfermado gravemente en el mes de septiembre, había estado internada en el Hospital Central Militar y ahora estaba en



casa Paula para que la cuidaran. Al día siguiente me trasladé hacia allá.



Doña Juanita Torres con sus hijos Valentín y Luciano.

Con alguna dificultad, por desconocer las rutas de camiones y peseros que me podían llevar a Santa María Aztahuacán, llegué a casa de Paula.

Abrió la puerta y me reconoció una de las nietas, Marisela, que estaba embarazada y preparándose para ir al hospital porque ya tenía rato sintiendo los dolores del parto. Me pasó al interior de la casa, a una sala grande ocupada por varias máquinas de coser de taller en las cuales se encontraban inclinados trabajando: Paula, su esposo Paula, dos de sus hijos y otra señora, quienes unían las piezas ya cortadas



de chamarras y overoles para niño, que deberían entregar en pocas horas y que en grandes alteros se amontonaban sobre largas mesas de trabajo.

Intercambiamos saludos, pregunté por Juanita. Ellos continuaron trabajando y otra de las nietas me pasó a la cocina-comedor desde donde pude ver que en la azotehuela estaba Juanita, recogiendo una charola con montoncitos de pelo de elote que había puesto a secar y ahora estaba metiendo porque amenazaba la lluvia.

Cuando entró a la cocina me acerqué a ella y distinguí su cara cubierta de arrugas más marcadas, sus ojos más pequeños y con menos luz que antes, su cabello entrecano trenzado como siempre, vestida con una bata de franela y su eterno delantal. Me vio y sonrió; la saludé y no me escuchó, tuve que repetirle el saludo, ya no oía bien.

Le pedí a la nieta un lugarcito para poder platicar, así que pasamos al cuarto que ocupan Juanita y su perrita *La Burbuja*, una miniatura pequinuesa, ya muy vieja y casi ciega también.

Empezamos a platicar, me contó de su enfermedad y estancia en el hospital, donde la pasó muy mal porque la comida, aunque abundante, era muy insípida", expresó cuánta falta le hacía don *Mele*, su compañero por más de 60 años, y de cómo, a partir de la muerte de él, ha caído varias veces enferma.

Después de mucho rato que la dejé explayarse le pedí hiciera favor de platicarme sus vivencias: cuándo nació y en dónde, de los hechos de la Revolución que le había tocado presenciar y que ya en otras ocasiones me había referido. Aceptó y este es, más o menos, su relato:



## El cometa

MI nombre completo es Juana Torres Neri; nací el 25 de noviembre de 1902. Soy originaria de Santa María Aztahuacán, como lo fueron mis padres y mis abuelos.

Fui hija única, mi padre murió cuando yo era muy chica, no me acuerdo de él; otros hermanos y hermanas que tuve murieron y sólo yo le quedé a mi mamá, por eso digo que fui hija única.

Mi madre, Antonia Neri, doña *Tonchi*, heredó de sus padres algunos terrenos en el centro de Santa María, pero fue despojada de ellos por sus hermanos, así que nos quedamos sólo con este terreno grande que está cerca del eje y ahora habitan varios de mis nietos e hijas.



Señora Antonia  
Neri.



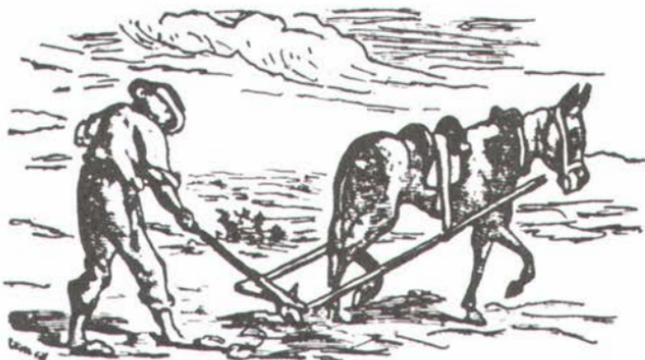
Siendo yo muy chica, por 1907 o 1908, cuando todavía vivían mis abuelitos, se empezó a hablar del cometa: "que sí iba a pasar un cometa, que el mundo se iba a acabar" y todos andaban muy asustados.

Yo, como te dije, estaba muy chica y tenía mucha curiosidad por ver el cometa; un día me dijo mi mamá: "hoy va a pasar el cometa". Yo le dije que me iba a quedar despierta para verlo.

¡Cuál verlo!, me quedé dormidota y no lo vi. Al otro día que me despierto temprano y le digo a mi mamá: "¡El cometa, el cometa!", y ella me dijo: "¿Cuál cometa?, ¡tú, floja!, si pasó como a las tres de la mañana". Y así fue como me quedé sin ver el cometa.

Y pues, bueno, no se acabó el mundo pero sí se cumplió lo que dijeron los abuelitos y las abuelitas de entonces, cuando se juntaban y se sentaban a platicar: que se venían épocas malas, habría guerra y hambre, que los "moxihuanes" andarían por todos lados y que las mujeres perderían la vergüenza. ¿Que qué son "moxihuanes"? Son los automóviles que matan. ¡Y ya ves que así pasó!

Entonces llegaron los revolucionarios al pueblo.





# El paso de carrancistas y zapatistas por Santa María Aztahuacán y la colonia Granjas México

La entrada de los zapatistas aquí a Santa María fue a finales de octubre de 1913 y estuvo apoyada por todo el pueblo que se levantó en armas. Los zapatistas entraron por Tepetlapa, luego se acomodaron en el cerro que está al sureste, el Cerro Peñudo, donde había un ojo de agua, el ojo de Cliliac. Los carrancistas se quedaron por el montecito, por el que sube el Eje 6 Sur, de Las Torres, y que se llamaba Iztahuachi, de donde salía una corriente de agua que bajaba hasta donde están actualmente los lavaderos, de donde acarreábamos el agua.

Así que el pueblo, que está entre los dos cerros, quedaba en medio de las tropas de los dos bandos y en cada balacera moría mucha gente inocente.

Los carrancistas eran muy descuidados, entraban a las milpas con todo y caballada y rompían todas las milpas. Los zapatistas no, ellos eran más cuidadosos pero de todos modos, de las dos partes, cuando bajaban arrasaban con todo y no nos dejaban nada para comer. Mi mamá y las otras mujeres tenían que guisar de noche porque, apenas veían el humo de algún fogón, se dejaban venir y se llevaban toda la comida.



Como se acabaron todo el maíz y no teníamos nada para comer, mi mamá me mandaba al campo con una canastita a recoger los pocos granos de maíz y de frijol o alguna papa de entre los surcos. Junto con otras niñas lo hacía, y ¡con mucho gusto, porque gracias a eso podíamos comer algo!

Conforme pasaba el tiempo menos encontrábamos qué comer. La gente que había logrado salvar algo de maicito lo escondía muy bien y no lo vendía. Mi mamá se iba al cerro y cortaba nopales ya recios, les quemaba las espinas, les quitaba la piel y nos los daba cociditos con sal; también ahí cortaba unas matas grandes de unos quelites que le decían "hediondillas", nos los hervía y los comíamos cocidos con salecita.

Como el agua que conseguíamos era muy poquita sólo la usábamos para tomar; los trastes los limpiábamos primero con un papel y luego los tallábamos muy bien con tierra o arena muy seca, después los sacudíamos y quedaban limpiecitos.

También hubo mucha hambre porque los soldados, de uno y otro lado, no dejaban pasar a los arrieros que traían a vender el maíz. Me imagino que para que el enemigo no tuviera qué comer, pero también nos perjudicaban a nosotros.

Queriendo escapar de tantos balazos nos fuimos para casa de mi tía Germana, hermana de mi mamá, y de su esposo, mi tío Gregorio, que vivían en la Granjas México, aquí luego, pasando Añil, donde hoy están los tanques de Petróleos.

Por aquel entonces todo eso eran unos campos grandes, grandes, donde pastaban muchos animales del dueño de la casa donde vivían mis tíos y de casi toda la colonia, don Samuel Barroso.



Como los revolucionarios empezaron a bajar para acá, nos cambiamos mero donde vivía don Samuel, en Añil y Azúcar (Eje 3 Oriente), porque su casa estaba bien hecha, bien construida y no le entraban tanto las balas como a otras de aquí, de la misma colonia, que nombraban "quintas" y que se las acabaron. Me acuerdo que una era la "Quinta Pachuca" y la otra era la "Quinta San Jorge".

Pues te digo que los revolucionarios venían bajando hacia el centro y ahora los encuentros se daban allí donde está el Hospital del Seguro, en Añil y Viaducto. Los carrancistas por el Río de la Piedad y los zapatistas por el canal que pasaba por donde ahora es Plutarco Elías Calles (Eje 4 Sur) y que se le nombraba entonces Gran Canal.

La verdad ya no aguantábamos tanta balacera y entonces nos fuimos, junto con mis tíos y mis primos, lejos de aquí. Primero por la Villa y después por Xochimilco y Milpa Alta, pero por todos lados era lo mismo.

Anduvimos por Tláhuac, Tulyehualco, San Pedro de las Escobas, Tepenahuac, Ixtayopan, Santa Ana Tlacotenco... por dos años fue ese peregrinar. Cuando llegamos a Tecómitl nos vamos dando cuenta que ahí la cosa estaba peor y que nos metemos al cerro todos: mis tíos Germana y su esposo Gregorio, sus dos hijos y mi tío Ángel, hermano de mi tío Gregorio.

Ahí en Tecómitl, se enfermó mi mamá de tifo, y que nos dejan a mi mamá y a mí solas, ahí en el cerro, con sólo una caja de jitomates que mi tío había comprado y que no se pudo llevar.

Y ahí tienes, yo chiquilla, con mi mamá enferma ardiendo en fiebre y sin saber qué hacer. Como lo único que tenía era



los jitomates, eso le daba de comer a mi mamá y para “bajarle la calentura” le untaba el jitomate en el vientre, en el estómago, en las piernas y en los pies, ahí le dejaba el jitomate, en las plantas de los pies y se los amarraba con un trapo. ¡A puro jitomate levanté a mi mamá!

Luego bajamos al pueblo, a Tecómitl, ahí nos dijeron que nos debíamos ir porque como Zapata estaba por ahí, iban a quemar el pueblo. Con mi mamá muy débil, apenas podía caminar, nos fuimos a ver al jefe militar de la zona porque alguien dijo que para pasar todos los retenes que había por el camino tenían que darnos un papel.

Yo no supe qué le dijo mi mamá al general, jefe de ahí, pero creo que él le dio el papel que necesitábamos porque nos vio muy amoladas y se compadeció de nosotras. Ya con ese papel fuimos bajando, camine y camine hasta Santa María Aztahuacán y pudimos descansar al fin.

El valle de México en 1519





## Cómo era la colonia Granjas México cuando se vino Juanita de Santa María Aztahuacán

Algunos años después, cuando me junté con Melesio, porque para qué te voy a decir que me casé con él, nos fuimos para allá, para Granjas México.

En aquel entonces la Granjas México era muy diferente a como la ves ahora, te salías de tu casa en la nochecita y podías escuchar las campanas de la catedral.

La Granjas México antes se llama *Albarradas* o *Albarraditas*, como le decían algunos. Los terrenos de la colonia eran casi todos de un señor llamado Samuel Barroso, quien luego le vendió a otro señor que se apellidaba, creo, Goletto.

Antes aquí en Granjas no había camiones para transportarse, sólo burros, mulas o el tren. Había un tren, el "Enterroceánico" (Interoceánico) que llegaba a donde ahora está "El caballito" de Zaragoza y que venía de Puebla; otro, el que venía de Río Frío, pasaba por la calle de Vainilla pero no paraba aquí y por lo que ahora es Plutarco Elías Calles -Eje 4 Sur-, por la orilla del Canal, corría el que venía de Xico.



Al mercado de Jamaica llegaban las verduras de Xochimilco, Tláhuac e Iztacalco y otras de Xico, por el Canal de la Viga, al embarcadero que estaba en lo que ahora es Avenida del Taller.

Cuando llegamos aquí a Granjas, ya estaba viviendo en esa casa viejísima de Centeno, la que ahora está por el mercadito, ya cerca de Chicle, don Vicente Mendoza, ahora ya fallecido. Tenía muchas vacas y entregaba varios pedidos de leche, incluso hasta la Magdalena Mixhuca.

Nos juntamos Melesio y yo en 1925, cuando yo tenía como 23 años. Tuvimos 10 hijos: Aurelia, la primera, nació en 1925, ya murió; luego, Nicolás, ya difunto también; después fue Lupe, en 1930, también ya difunta; luego Concha, en 1933; Modesta nació en 1935, Luciano en 1938, Valentín en 1941, Paula en 1944, Eva en 1947 y al último Miguel, en 1950. Ahora tengo 65 nietos, 12 o 15 biznietos y no sé cuántos tataranietos.



Foto de Carlos Varillas publicada en la *revista* 1999 del Instituto Nacional de Antropología e Historia

“Debe llegar o ya llegó”.



Recién que llegamos a vivir a Granjas, Melesio se levantaba a las cuatro de la mañana, se iba a voltear la tierra para sembrar mientras yo me quedaba a moler, a echar las tortillas y a preparar el almuerzo que luego le llevaba a donde estaba él sembrando.

Regresaba después a darle de desayunar a los más chicos, de comer a los animales y empezaba a preparar la comida.

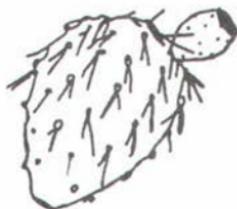
Como a la una de la tarde regresaba Melesio a comer, descansaba un rato y luego volvía a su labor.

Me gustaría aprender a leer y a escribir porque ya casi todo se me está olvidando. A veces me pongo a pensar y a recordar tantas cosas que me gustaría escribirlas, si supiera, pero como no sé... ¿pues cómo?

Mi tía me enseñó a curar, aunque yo aprendí bien poquito; fui bien burra porque ella curaba de todo, hasta del corazón.

Mira, iba y recogía por el monte sus hierbas, las ponía a secar y luego con el papel hacía paquetitos, les escribía para qué servían cada una de ellas y las acomodaba en un canasto grande y de allí iba agarrando las que necesitaba para curar.

Mi tía también me enseñó a cocinar, a moler, a echar tortillas, a coser, a cortar aquellos calzones largos de manta para hombre, que se amarraban al tobillo, y las camisas. Yo ño sé bordar pero sé remendar muy bien, ¿a poco tú sabes remendar de "huevo estrellado"?





## Entrevista en la Granjas México; dos recetas de cocina y algunas curaciones de Juanita

Por aquel entonces, antes de irnos a Granjas, todo aquel lado: Tláhuac, Tulyehualco, El Moral, La Oriental, Santa Martha, Santa Cruz, Santa María Aztahuacán y hasta Chimalhuacán eran una pura laguna.

Nos íbamos a juntar pescados, carpitas, chichicuilotes y patos. ¡Ah, los patos!... Hacíamos un mole de pato bien sabroso. Mira, se muele ajonjolí, semillas de chile seco, pimienta gorda y seis o siete clavitos. Por aparte mueles dos o tres chiles anchos, ya desvenados, tostados y remojados en agua hirviendo, donde también cociste un xoconochtle que mueles junto con el chile.

El pato se debió cocer en agua con sal, laurel y cebolla. Ya bien cocido se saca de la olla con mucho cuidado porque si no, se "enxochilla" -huele a humedad-. Con una cuchara recoges la grasa de la orilla de la olla en que se coció el pato y con ella fríes el pato hasta que quede bien doradito, entonces le agregas todo lo que ya moliste, con muy poquito del caldo, para que quede bien espesito. Sale un mole que... ¡huuuy!





¿Que el pelo de elote para qué sirve? Para los riñones. Cuando te duelan mucho, tómatelo en té, como "agua de uso" y se te quita la molestia. También te sirve para preparar un atole bien sabroso.

Junta mucho pelo de elote y lo pones a secar, ya bien seco lo tuestas en el comal a fuego manso, lo mueles en el metate y se lo pones a un atole de masa que ya hayas preparado, con su canela y su piloncillo, y también te queda un atole bien sabroso. De ese atole no saben hacer ahora.

Otra receta bien sabrosa que sé, es la del "conejo enchilado": *coces* el conejo en agua con sal, cebolla y ajo, luego ya cocidito lo fríes en manteca, a que dore. Por aparte desvenas, tuestas y remojas chile guajillo, la cantidad que tú le calcules y lo mueles con pimienta, clavo, cominitos, ajo, cebolla y un poquito de orégano y se lo vacías a la cacerola o cazuela en donde freíste el conejo; no le pones caldo, te tiene que quedar espesito, casi seco. Le pones su sal y ya.

¿Qué recetas me sé para curar? Mira, de mi tía Germana aprendí a "levantar la mollera" a curar "el mal de ojo" y "el mal aire", a curar "el empacho", a "quebrar las anginas".

Cuando el niño tiene la mollera caída, está muy chillón. La "mollera se levanta" así: te encomiendas a Dios y luego tomas un poquito de manteca con el dedo pulgar, lo metes a la boca bien abierta del niño y empujas el paladar por el centro y por los lados, hacia arriba. Luego tomas un buche de agua y con él en la boca "chupas la mollera" del niño y luego escupes el agua, tomas otro buche y repites lo mismo... así hasta que ya le quede levantada la "mollera".

Para saber si un niño tiene "mal de ojo" se le *lambe* la frente en cruz, y si está salada entonces el niño sí tiene "mal de



ojo", escupes la saliva y entonces lo curas así: primero le soplas la frente, también en cruz; lo "limpias" bien, todo el cuerpo, con un huevo, le das una friega de alcohol y lo envuelves bien. Se queda bien tranquilito y bien dormidito.

Para el "mal aire" prendes un brasero, a hacer una buena alumbrada con carbón. Ahí quemas romero, palma bendita, pirúl y ámbar, y cuando empieza la humareda fuerte tomas al niño y lo pasas por encima del brasero, en forma de cruz. Otra persona lo tiene que envolver en una sábana de manta, tratando de atrapar lo más posible el humo, ya envuelto lo acuestas y se queda, también, bien dormidito.

Para el "empacho" tienes que desnudar al niño sobre la cama y boca abajo lo sobas desde los piecitos hasta la cinturita, y desde la cabeza hasta la cadera. Luego pones tu mano izquierda sobre la espaldita y con la derecha golpeas sobre tu misma mano izquierda, por toda la espaldita del niño; luego, con el niño igual, boca abajo, le "quebras el empacho" de esta forma: con estos dos dedos -índice y pulgar- y con las dos manos, le pellizas la pielecita de todo el "espinacito", desde el cuello hasta la cadera, en el mismo tramo del espinacito y al mismo tiempo, hasta llegar a la cadera. Si tronó sí estaba "empachado" y entonces ya desprendiste lo que se le había pegado: pellejo de frijol, de tejocote o de cualquier otra cosa, ¡hasta papel llegan a arrojar! Luego le das una cucharadita de aceite de comer, del que tengas, una poquita de sal y le sobas por el frente del cuello hasta el estomaguito para ayudar a que baje el aceitito. Lo envuelves y se duerme.

Para "quebrar las anginas" primero tienes que ver si son de las se que se pueden "quebrar" desde adentro o no, y para saber eso tienes verlas: si huelen mal y tienen pus, no son "duras", sí se pueden "quebrar", entonces metes tu dedo, el



más largo, a la garganta y con él "raspas" las anginas hasta que sangren, sólo si no son "duras". Luego se hacen gárgaras de agua con carbonato. Mientras, ya herviste vinagre con dos tomates grandes, buenos, y un chorrito de alcohol y medio limón que exprimiste en el mismo vinagre, dejándole la cáscara del limón exprimido, y das una sobada fuerte con ese vinagre calentito; desde atrás de la oreja, sobre el hombro y por el brazo hasta la mano, a terminar en medio del dedo pulgar y el otro dedo (índice). Así, de los dos lados. Sobas luego por el frente las axilas, las piernas y las ingles.

Luego tomas los tomates que cociste en el vinagre y los untas en todas las "coyonturas"; después le frotas alcohol desde las rodillas para abajo y lo envuelves bien con una sábana, sólo con sábana para que no sude.

Para las cataratas que dices que tiene tu suegra pones a hervir en un jarrito de barro nuevo, con poquita agua: rosa de Castilla y manzanilla. Cuando está hirviendo le agregas el terroncito de azúcar cande y ya que hirvió todo, tibiecito, que se enjuague sus ojos con ésto, con un lavajos, con cuidadito y que no se los seque con nada, que deje que se seque así solito.

Luego que se ponga una gotita en cada ojo de la "lechita" que sale del chicalote, esa planta espinuda de color verde cenizo y flores blancas. Tiene que ser fresca la planta para que sí le salga la "lechita". Rompe el tallito de la florecita y de ahí sale la gotita. Arde mucho pero sí sirve.

Para las "calenturas" de los niños, se le ponen "plantillas de hierbas": se fríe sebo y le echas el tabaco de cigarro bien molido, tequesquite blanco o carbonato si no tienes tequesquite.



En hojas de tepozán y de grano de oro le "embarra" lo que freiste en el sebo y se lo pones como plantillas en los pies.

¿Cuál es el tepozán? El tepozán es un arbolito del tamaño del pirú, sus hojas por arriba son verdes y por abajo, blancas. Antes por aquí había mucho. Mira, para que lo conozcas vamos a la azotea, desde allí podemos ver la casa de al lado, ahí hay una planta de tepozán.

Subimos Juanita y yo a la azotea, movimos sus macetas y botes donde tiene algunas plantas medio secas porque ella ya no puede subir con frecuencia a regarlas, así pudimos ver que en el patio de la casa de junto, al fondo, había un arbusto pequeño y joven de tepozán... "Yo creo que lo recortaron, porque estaba más grande, pero si se ve bien, ¿verdad?".

Después de haber visto el tepozán continuamos platicando de sus plantas. Al piropearle algunas de ellas, Juanita, con sus propias manos, desenterró camotes de "mayitos", de una plantita pequeña que dijo era ámbar y una planta de hermosas florecitas rojas y tallo con grandes espinas, la "corona de Cristo", de la que también me dio, a pesar de lo difícil que fue cortarle una rama.

Bajamos a su casa de nuevo, metimos las plantas en una bolsa de plástico y me despedí de Juanita.





Ya en mi casa le comenté a mi esposo lo rica que había sido la entrevista con Juanita y él me dijo: ¿te platicó también de cuando le abrieron de un machetazo o navajazo el estómago a un tipo y ella, con sus propias manos le metió las “tripas” al estómago y lo amarró con su rebozo hasta que llegó la Cruz Roja por él?.. ¿O de cuando apareció un ahorcado, en un árbol que estaba casi frente a su casa, y que nadie se atrevía a descolgar por miedo, y ella valiente y compasivamente descolgó?

No, nada de esto fue mencionado por ella, porque para una mujer de su temple y gran calidad humana esos no fueron los hechos más trascendentes de su vida.



Doña Juanita y su nieto Fernando.



LATE

28

IZTAPALAPA

Esta edición se terminó de imprimir  
en el mes de julio de 1999.  
El tiraje fue de 1000 ejemplares.

## Carta al lector



Centro de  
Información y  
Documentación

Alberto Beltrán



016092

Darle la voz a los protagonistas de los diversos procesos que viven a lo largo y ancho de Iztapalapa es el objetivo del taller de investigación y edición popular "Late Iztapalapa", seis nuevos trabajos llegan a su cuarta edición.

Los autores lograron plasmar en sus textos la frescura y la fuerza de quien vive de cerca cada episodio, como fundadores o residentes de sus barrios y colonias; ellos han escudriñado, como cronistas natos, en archivos familiares, parroquiales y comunitarios para escribir y compartir estos fragmentos de la historia de nuestra demarcación.

En un esfuerzo interinstitucional, entre la Delegación Iztapalapa y el Consejo de la Crónica del Gobierno del Distrito Federal, la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana y la Dirección General de Culturas Populares, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el taller "Late Iztapalapa" llega así a su cuarta emisión, proporcionando a los vecinos interesados en convertirse en cronistas de barrio, las herramientas necesarias para traducir, en textos e imágenes, los testimonios pasados y recientes de su comunidad.

Los trabajos que integran esta cuarta edición son: **La parroquia de San Lucas**, de Beatriz Ramírez; **Santa Martha Acatitla, la reina de la laguna**, de Guillermo González Cedillo; **USCOVI: de los sueños a los pies sobre nuestra tierra**, **El molino**, de Francisco Javier Mejía e Irma Fuentes Matías; **La Cueva del pueblo de Iztapalapa**, de Ángel de la Rosa; **Unión de Colonos de Lomas de la Estancia**, de Flor Nayeli Figueroa Esquivel, Jahel López Guerrero y Miriam Manrique Domínguez; y **Juanita, un conocimiento que se extingue**, de María Luisa Rivera Grijalva.

**Ramón Sosamontes Herreramoro**

Delegado Político del Gobierno  
del Distrito Federal en Iztapalapa



CIUDAD DE MÉXICO



Casa abierta al tiempo  
UNIDAD IZTAPALAPA



Dirección  
General de  
CULTURAS POPULARES



CONSEJO DE LA CRÓNICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO